

Brian Reynolds

Las manos del Señor Jesús

Mateo 14:31

'Y luego Jesús, extendiendo la mano, trabó de él, y le dice; Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?'

Mateo 14:31

Las manos que salvan

Los discípulos pasan una noche agotadora en el lago luchando contra el viento y las olas. Solo faltan seis kilómetros para alcanzar el otro lado, por lo tanto, se encuentran en mitad de la travesía. Pronto va a amanecer, es “la cuarta vela” (v. 25) y dejaron la orilla al principio de la noche. Comenzaban a estar fatigados porque la pequeña embarcación era sacudida por las olas. Fue entonces, cuando de repente se turbaron por la aparición de alguien que caminaba sobre las aguas. Nada hay que temer, ¡es el Señor Jesús! Él había orado por sus discípulos cuando se encontraba en la montaña y ahora viene hacia ellos para socorrerlos.

Para bendición nuestra, ese episodio ilustra de la manera que el Señor intercede en favor nuestro en todo momento, desde en el cielo, a la diestra de Dios (Romanos 8:34), mientras nos encontramos atravesando esta tierra plena de dificultades.

Mateo, Marcos y Juan; los tres relatan la escena remarcable de la travesía de los apóstoles en la barca batida por la tempestad. Un hecho interesante nos es descrito solo por Mateo: Pedro, por mandato del Señor desciende del barco para andar sobre las aguas, pero, tan pronto como quita su vista del Señor, comienza a

hundirse en el agua y grita: “¡Señor, sálvame!” (v. 30). Aquí encontramos dos importantes enseñanzas para nosotros.

Primeramente, no es la fuerza del viento ni el grosor de las olas lo que hace que Pedro se hunda. Como alguien dijera: tan imposible es caminar por aguas tranquilas, como lo es por aguas turbulentas: para vencer lo que nos lleva hacia abajo, nuestros ojos *deben estar* fijos en Jesús en toda circunstancia.

-Segunda, la mano del Señor Jesús es poderosa para salvar, no solamente a los pecadores que van hacia la perdición, sino de igual manera para los creyentes que encuentran dificultades sobre la tierra. “Puede salvar enteramente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Cada día tenemos la necesidad de su ayuda, y si en algo faltamos, él puede liberarnos y restaurarnos.

¡Cristianos, miremos hacia Jesús!

¿De dónde tiene estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le es dada y tales maravillas que por sus manos son hechas? ¿No es este el carpintero?’

Marcos 6:2-3

Las manos que trabajan

El señor regresa de su ciudad después de una gira de predicación y según la costumbre va a la sinagoga el día de sábado. Las gentes de Nazaret se maravillan de sus palabras. Igualmente sorprendidas por las historias de los poderosos milagros realizados por las manos del Señor. Pero allí, entre los habitantes de su propia ciudad, Jesús no puede hacer muchos milagros y se maravilla de su incredulidad (Mateo 6:5b). En contraste y de manera llamativa, es el único momento donde si dice que Jesús estuvo maravillado por la fe de un centurión romano (Mateo 8:10): Jesús se sorprendió por la falta de fe de los suyos, y por otro lado, de la gran fe de un extranjero.

A pesar de todo, el Señor Jesús “impuso las manos sobre un pequeño número de enfermos y los sanó” durante el tiempo que estuvo allí en su país (Marcos 6:5^a). Vemos que él sanó a esos enfermos poniéndole las manos sobre ellos. El Señor no

guardó distancia, sino que puso sus venditas manos directamente sobre aquellos que con tanta urgencia lo necesitaban.

La incredulidad de las gentes de su ciudad se debía, a que él había crecido entre ellos: “no hay profeta deshonrado sino en su tierra” (v. 4). Consideraban que lo conocían tanto a él como a su familia: ellos aseguraban que no podía ser el Mesías. En estos versículos donde sus manos son dos veces mencionadas en conexión con la curación (v. 2, 5), es sorprendente escuchar a las gentes de la ciudad: ¿”No es este el carpintero”? ¡él que trabaja con sus manos!

Sí, es el carpintero de Nazaret, trabaja con sus propias manos, posiblemente para satisfacer las necesidades de su madre y hermanos. Son manos que saben lo que es trabajar. Los carpinteros de aquellos tiempos y en aquellos países, a veces trabajaban también la piedra, particularmente en la construcción de edificios. El señor Jesús es todavía el “carpintero”, actualmente edifica su Iglesia, y acoplado una tras otra cada “piedra viviente” (Mateo 16:18; 1 Pedro 2:5).

Cada creyente actualmente, tiene el privilegio de formar parte de ese edificio que el Señor está construyendo conforme al plan celestial.

'Y le presentaron niños para que los tocara y los discípulos reñían a los que los presentaban; y viéndolo Jesús, se enojó...y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía'.

Marcos 10:13-14, 16

Las manos que bendicen

Una de las características más llamativas de la Biblia que confirma su carácter e inspiración divina, es que ella no esconde los defectos de los creyentes de quienes nos habla.

Los puntos frágiles de los discípulos son puestos de manifiesto en los evangelios, y el texto de hoy nos lo muestra muy bien. Los discípulos reprenden a los padres que quieren llevar a sus niños al Señor Jesús para que los toque. Aquí vemos con toda claridad, que los discípulos no se preocupaban de los niños ni les daban mucha importancia. Ta vez, esto procedía de un habito educativo según el cual los niños debían quedar en último lugar. No cabe duda que los discípulos se encontraban

muy atareados cuando se hallaban al lado de su Señor, frente a las multitudes y atendiendo a sus necesidades.

Es posiblemente pensaban que estaban rindiendo servicio a su Maestro, protegiéndolo de padres demasiado invasivos. Para los ojos de los apóstoles, los niños no valían la pena gasta el tiempo y la energía en ellos, tenían otras cosas que hacer de mucha más importancia.

Pero la actitud del Señor hacia los niños es bien diferente. De hecho, es contra la manera de obrar de los discípulos que él se indigna. Aprovechando esta oportunidad, él les enseña una lección practica esencial: “Dejad los niños venir, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios” (Marcos 10:14b). La inocencia intacta, la humanidad, la dependencia, la fe y la confianza simple de los niños; proporciona un excelente ejemplo para ilustrar los caracteres de aquellos que poblarán el reino de Dios.

Después el Señor Jesús toma a los niños en sus brazos, pone sus manos sobre ellos y los bendice. La fe de sus padres ha sido maravillosamente recompensada ese día por las manos de Cristo.

'Mis ovejas oyen mi voz (...), yo les doy la vida eterna y no perecerán para siempre ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio mayor que todos es: y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre una cosa somos'.

Juan 10:27-30

Las manos fuertes

La cuestión de la seguridad eterna del creyente, ha sido siempre un tema candente y largamente debatido. En Juan 10, el mismo Señor Jesús nos da una clara respuesta sobre este cuestión. Nos habla de sus ovejas que fueron colocadas en el redil del judaísmo; nos dice que tiene “otras ovejas que no son de ese redil”, que forman parte de las naciones no judías. El Señor dará su vida por todas esas ovejas, y formarán “un solo rebaño” (v. 16).

Después, el Señor anuncia que da la vida eterna a sus ovejas, y añade, que no perecerán jamás.

Pero esto no es todo: el Señor prosigue su enseñanza concerniente a la seguridad de sus ovejas y afirma que nadie las arrebatará de su mano. Alguien me dijo cierta vez: Si, los creyentes se encuentran entre las manos de Cristo, sin embargo, se pueden escapar, si voluntariamente se rebelan y se conducen por un camino de pecado. Le expliqué entonces: Se pueden escapar, pero no llegarán muy lejos, porque tropezarán contra las manos del Padre. Estamos protegidos y seguros en el cruce de manos del Padre y del Hijo.

El Señor Jesús añade: “Yo y el padre somos uno”. La unidad de la Trinidad en su amor, sus planes y poder para cumplirlo, garantizan la seguridad de las ovejas que están en las manos del Padre y del Hijo. Pablo pudo escribir: “Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna escritura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:38-39).

'El Padre ama al Hijo, y todas las cosas dio en su mano'.

'Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas, y que habían salido de Dios y a Dios iba, levantase de la cena, y quitase su ropa'.

Juan 3:35; 13:3-4

Las manos competentes

En el texto precedente, hemos considerado *las manos fuertes* del Señor Jesús que ponen en seguridad sus propias ovejas en el cielo. Ninguna de ellas se perderá. Los versículos de hoy presentan un tema un tanto similar. Dios ha depositado todo en las *manos competentes* de Cristo, el Padre ha dejado todo en manos del Hijo. Toda autoridad le ha sido dada en el cielo así como en la tierra, “ángeles, autoridades y poderes le están sometidos” (1 Pedro 3:22).

En “la plenitud de los tiempos”, es decir, durante el reinado milenar de Cristo, todo lo que está en los cielos y sobre la tierra será puesto bajo su dirección (Efesios 1:10). Él es perfectamente competente para tener en sus manos la administración del siglo venidero.

Todo ello de acuerdo con la profecía de Isaías concerniente al Mesías: “La voluntad de Dios será en su mano prosperada” (Isaías 53:10). La voluntad y los planes de Dios serán cumplidos por las manos de Cristo. Es precioso saber que el que tiene todas las cosas en sus manos, aun las cosas magníficas reveladas en la profecía, el gobierno del mundo venidero (las cosas del reino celestial como las del reino terrenal) – se ocupa igualmente de los pequeños detalles de nuestras vidas.

Esto es lo que vemos en la escena de la morada celestial la noche en que el Señor Jesús fue traicionado: todo lo concerniente a nuestra vida aquí en la tierra, está en *sus manos*. El señor Jesús se inclinó para lavar los pies de los discípulos: esta escena ilustra su servicio actual para purificarnos de la suciedad, mientras atravesamos este mundo malvado.

Todas nuestras idas y venidas por este mundo, están en sus plenas manos de gracia, para que podamos estar siempre purificados y estar en comunión con Dios. Si sucediera que pecásemos y perdiésemos esta comunión, Cristo nos purifica y nos restaura por su Palabra.

Cada etapa de nuestro caminar sobre esta tierra está en sus justas manos hasta alcanzar nuestro objetivo, el cielo.

'Vino Jesús, y puesto en medio de ellos (los discípulos), les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor'.

Juan 20:19-20

Las manos heridas

Leyendo las relatos de la resurrección del Señor Jesús en los cuatro evangelios, vemos que cada uno de ellos presenta ciertos detalles y les atribuye una especial importancia que otros no la dan. En Juan 20, son las heridas del Señor que son particularmente presentadas, heridas que Tomás es invitado a tocar a causa de su incredulidad.

Tomás, estaba ausente en el momento de la primera aparición del Señor en medio de los discípulos (v. 24). Esto, es una imagen sorprendente del pueblo judío en su incredulidad actual. Pero luego leemos que ocho días después, el Señor aparece de

nuevo a los discípulos; esta vez, Tomás estaba allí con ellos (v. 26), y vio las heridas del Señor; entonces cree que ha resucitado de entre los muertos y exclama: “¡Señor mío y Dios mío!” (v. 28). Reconoce que Jesús es verdaderamente el Señor, de la misma manera que el residuo (o, *resto* fiel) del pueblo judío del futuro reconocerá en Jesús su Señor y su Dios, como lo anuncia la profecía de Zacarías. Jehová dijo: “Pueblo mío; y él (*el resto*) dirá Jehová es mi Dios” (Zacarías 13:9).

Esta confesión es más importante cuando se compara con la de Tomás en el evangelio de Juan. Si, el Señor Jesús tenía las manos heridas y aun las tiene, Tomás dijo con incredulidad: “si no viere en sus manos la señal de los clavos (...) no creeré” (v. 25). Los clavos no son mencionados en los otros evangelios; sin embargo, si se hace alusión en Hechos 2:23 y en Colosenses 2:14.

Se cuenta la historia de una anciana que estaba en su lecho de muerte en un hospital. Un sacerdote entra en su habitación para *absolver sus pecados*. Ella le dice: Escuche, muéstreme sus manos. Después de haberlas examinado, ella le dijo: Puede retirarse de mi habitación. No tengo necesidad de usted, *mi Pastor* tiene las heridas en sus manos.

'Y tenía en su diestra siete estrellas (...). Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias'.

Apocalipsis 1:16, 20

Las manos que tienen las siete estrellas

El Apocalipsis es un libro de símbolos, eso no debe desanimarnos para leerlo; de hecho, nos es dicho que los que *leen*, que *escuchan* y que *guardan* las cosas que son escritas son bienaventurados (1:3). O si somos exhortados a leer este libro, es porque su contenido nos es accesible. El Señor Jesús se reveló al apóstol Juan de manera misteriosa, de forma que el apóstol nunca lo había visto anteriormente. Cristo se le apareció en condición gloriosa, con la vestimenta de un sacerdote y de un juez que toma conciencia del estado de las iglesias de Asia. Varios caracteres de Cristo nos son presentados en este primer capítulo, pero en el cuadro de nuestra meditación sobre las *manos del Señor Jesús*, observamos que tiene siete estrellas en su *mano derecha*.

La interpretación nos es dada en el capítulo mismo: “Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias”. Los ángeles (o *mensajeros*, es la misma palabra que en el texto original) reciben el mensaje de Cristo en tanto que representantes de sus iglesias locales. Cada uno de ellos representa *el elemento responsable* en el seno de la asamblea.

El principio de la Iglesia, hubo *muchos ancianos* o supervisores en cada iglesia (Filipenses 1:1). No eran oficialmente ordenadas, salvo algunas veces por un apóstol o un representante (Hechos 14:23; 1 Tesalonicenses 1:5), pero establecidos por el Espíritu Santo (Hechos 20:28; 1 Tesalonicenses 5:12).

Vemos que los ángeles están en las manos de Cristo. Él es *el que confía las misiones*; es él, y no el hombre, el que envía y el que dirige sus movimientos. La mano derecha es imagen de la dirección y el poder; los ángeles están pues, bajo la autoridad de Cristo. Los creyentes que sirven al Señor, pueden contar sobre sus direcciones y sustento en sus trabajos. No olvidemos nunca que es el Señor Jesús quien está a cargo de las asambleas, y los que trabajan para él, son directamente responsables ante él y no frente a organización terrestre.

Traducido de 'Le Seigneur est proche, méditations journalières'

E. Endrino

Oude Sporen 2018

